BENIGNO VARELA

Los que conspiran contra el Rey



MADRID
Imprenta de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo.
Teléfono núm. 1.977
1910



Por ti, madre, que al ser abandonada por todos recibiste tantos consuelos de S. M. Don Alfonso XIII, redacta este libro mi juventud, que juró perder la vida defendiendo á la juventud del Rey.

Los que conspiran

contra el Rey.

Hoy, 30 de Mayo de 1910, me dan un notición que no me decido á creer, porque, de resultar cierto, traería consecuencias peligrosas para los iniciadores de la conjura.

Y, los iniciadores, son unos cobardes.

Sabed cómo se llaman:

¡ ¡ Rodrigo Soriano ! ! y... ¡ ¡ Alejandro Lerroux ! !

¿ Qué intentan estos dos miserables vividores ?

Oid :

Pretenden que la minoría republicana, conteste á las aclamaciones de la mayoría en la Cámara de los Diputados, el día de la apertura y en presencia de S. M., con un grito rufianesco: con el grito de «¡ ¡ Muera el Rey ! !»

Estoy seguro de que, la viril arrogancia del hombre insigne que preside los Consejos,

sabría sentar la mano sobre lo canallas que cobardemente se agrupasen para lanzar un rugido de fiera contra el joven Rey español, mil veces más valeroso, que cada uno de los que quieren pedir, en manada, su muerte.

Pero el día ese que han elegido los *caudillos* republicanos para gritar «¡Muera el Rey!», no sólo debe tener S. M. junto á sí las armas de los que juraron servir á la Patria y al Rey. Al lado del Monarca, deben hallarse todos los ciudadanos dignos, sin distinción de matices. Porque no será digno ni honrado, el que apruebe la conducta de los cobardes que quieren gritar «¡Muera!» contra un muchacho que no se puede defender.

¡Oh! ¡Si el Rey pudiese igualarse con uno de los que contra él conspiran! ¡Si S. M. Don Alfonso XIII, pudiera descender del Trono y buscar á esos rufianes que se amparan en una inmunidad parlamentaria para escarnecerle sin peligro! ¡Si ese mozo real pudiese mirar frente á frente á esos dos hampones que viven y medran á costa de los infelices obreros explotados!

¡ Rodrigo Soriano y Alejandro Lerroux !...

¡ Cobardes !

¿ Cuál de vosotros dos tuvo virilidad en los momentos de peligro ? ¿ No huisteis como ratas en Valencia y Barcelona, y acorazasteis vuestras vidas con las existencias de unos desgraciados que vinieron al mundo para serviros de trampolín ?

¿ Acaso tú, *ilustre don Rodrigo*, no corriste con el sombrero apabullado, hace poco, por las calles de Valencia, mientras uno de los tuyos asesinaba al pobre policía don Juan Escudero ?

Y tú, chantagista inmune ; tú, *Emperador del Paralelo*, ¿ cuándo estuviste con los tuyos en los instantes en que jugábanse las vidas por tus predicaciones ? ¿ Al frente de qué huelga te pusiste ? Cuando los tuyos morían en Barcelona el año anterior, tú, *caudillo*, ¿ no te hallabas sobre la toldilla de un buque refrescando tu gaznate redentor con el plebeyo champán ? ¿ Desembarcaste, acaso, en Barcelona ? ¡ Oh, no ! En Barcelona estaban los fosos de Montjuich. Podías en ellos abandonar tus digestiones bur-

guesas. Y, te pareció mucho más razonable marchar á Londres á entenderte con las gerencias de unos Bancos. No: tú sólo te sientes bravucón entre las multitudes, á la salida de un mitin, cuando los trabajadores candorosos te aclaman, sin ver la prepotencia de tu vientre, que acusa copiosas masticaciones y libaciones. Pero, si te dijeran: «Don Alejandro: Afirman que, al salir nosotros del mitin, arrojarán una bomba contra usted», ya verías entonces, cómo tu rostro se transformaba en lirial, y rogabas á la reunión que se disolviese. ¡ A buena hora ibas á pasear al frente de los tuyos, si te anunciasen que, un loco, iba á destruir, con la dinamita, tu cráneo de *apóstol full!*

En cambio, S. M. el Rey, ha contemplado á la muerte cara á cara, cuando alguno, seducido por tus doctrinas, sembró la desolación en torno de juventudes dichosas. Y, por eso; porque tú eres tan cobarde que huyes temeroso de la muerte, y, porque S. M. la mira con espíritu sereno, acaso sienta por ti predilección la señora de la guadaña que aparece todas las noches en las cari-

caturas de uno de tus libelos, y te lleve antes que á otros á golfear por el otro mundo.

Tú, granujilla, puedes gritar: «¡Muera el Rey!»

Todos los por ti explotados, todas tus víctimas, el mismo Ferrer desde su tumba, te maldecirán. Fuiste traidor desde que triunfaste. Traidor á los ácratas. Traidor á los socialistas. Traidor á don Nicolás Salmerón. Traidor á Francisco Ferrer, á quien sacaste ¡ocho mil duros! para la publicación de *El Intransigente*.

¿Por ventura, todos los honrados, no deben desear tu muerte?

Sí. ¡Muere tú, cobarde!

Yo, en nombre de todos los españoles honrados, te reto:

¡Ven á matarme!

¡No vendrás, no vendrás!

Acaso me mandes á uno de tus chulos.

Pero, contra ese desgraciado, no atentaría yo. En presidio purgaría su asesinato. Seríamos nuevas víctimas de tu cobardía.

Grita, si quieres, «¡ Muera el Rey ! » Pero lanza el grito tú solo, sin llevar escolta.

Y aquella tarde—¡ óyelo bien !—, después de gritar tú contra el Rey, yo iré á ti para que vuelvas á repetir el grito y me grites también «¡ Muere tú ! »

¡ Y, veremos si me matas !

¡ ¡ O si hago un bien á la humani 'ad librándola de ti ! !

¡ ¡ ¡ Conspirar, conspirar, cobardes ! ! !

D. Rodrigo el "conspirador,,

¡ Temblad, monárquicos !

¡ Estremeceos, fieles servidores de la Realeza !

Don Rodrigo Soriano, el otro *Rey del valor*—¡ perdón, Tancredo !—, conspira y amenaza con acaudillar á las huestes radicales, para tomar posesión del Palacio de Oriente.

Don Rodrigo Soriano fué ya desenmascarado en Valencia. Pronto lo será en Madrid. Por supuesto, que aquí ya se lo saben de memoria.

Yo conozco á *don Rodrigo* hace tiempo. Es una mala persona, un ingrato y un cobarde, á pesar de haberse batido (?) con un capitán general y con un ministro, en busca del reclamo.

Que es una mala persona, lo patentiza el libro que dió á la publicidad Francisco Villanueva, director que fué de los dos perió-

dicos de *don Rodrigo*: *El Radical* de Valencia—que ya murió—, y *España Nueva*, que se halla en litigio, merced á las trampas de su fundador. Del libro de Francisco Villanueva, que intitúlase *Pluma al viento*, copiaré algunos párrafos, después de demostrar que á *don Rodrigo*, *al Chato del Congreso*—hermano espiritual del *Chato del Escorial*—, se le puede aplicar el adagio que dice: «*el que no es agradecido no es bien nacido.*»

Don Rodrigo, tuvo ingratitudes para todos: para Salmerón—¿quién no recuerda el artículo intitulado «Las serpientes de Don Nicolás», donde ponía á Salmerón y á Lerroux, cual digan dueñas?—, para Blasco Ibáñez, para los que protegiéronle metálicamente, para los directores de su periódico que se jugaron bravamente la vida por él—ahí está para ejemplo, el brillante cronista Cristóbal de Castro—, para Julio Cervera, para... ¡todos los que bondadosamente le auparon! Ya verá don Benito Pérez Galdós—ese maestro venerable á quien tanto admiro—, cómo Soriano le hace también víc-

tima de sus ingratitudes. Rodrigo Soriano, buscó acobijo en la vejez gloriosa del novelista insigne, para que le proporcionara un huequecito en la minoría republicana. Y, don Benito patriarcalmente, lo encasilló por Madrid. Y aun hizo más el buenazo de Galdós. Rodrigo Soriano, le pidió al autor de «Los Episodios Nacionales», que interviniese para reconciliarle con Lerroux. Y, don Benito, arrostró el ridículo de pedirle á *don Alejandro* que tendiese la mano á *don Rodrigo.*

¡ Qué bajeza ! ¡ Qué falta de decoro ! ¡ Qué hombre más repugnante ! ¿ Pues no pide *don Rodrigo á don Alejandro* que le honre con su amistad, después de las elecciones ? A *Don Rodrigo*, la víspera de ser nombrado diputado por Madrid, le parecía encantador todo cuanto se decía de Lerroux. Y, en sus periódicos, quería hacer una campaña ruidosa contra el *caudillo* de los radicales barceloneses. Pero sale diputado *don Rodrigo*, y, hurgándose la chatez, medita. Y piensa : «Ya soy diputado. Don Benito me trajo á Madrid cuando ya no me podían soportar en Valencia. Y, ¿voy á tronar ahora

contra Lerroux, que tiene también un sitial en la minoría y otro rotativo madrileño, frente al mío, que se halla dando las boqueadas? No, y mil veces no. Es preferible una humillación. Que *papá* Benito le pida en mi nombre á Lerroux un misericordioso perdón para mis ofensas.»

Y como lo pensó lo hizo.

Y, *don Alejandro*, tendió despectivamente la mano á quien mendigaba una reconciliación para poder chantagear sin estorbos.

¡Y, la paz se hizo!

¡¡Y comenzó la conspiración!!

Pronto se malograrán la conspiración y la amistad de los dos caudillos.

Rodrigo Soriano, tendrá, para quien perdonóle, nuevas ingratitudes.

Y, ahora voy á demostrar, cómo don Rodrigo, el *Chato del Congreso*, es un cobarde. Yo, en dos ocasiones que me dió el tufillo de sus fosas nasales, remití á ese hombre cartas duras llamándole como se merecía. Se las comió íntegras—las primeras en 1906—y procuró hacerme cucamonas en sus periódicos, sabiendo que yo, por ser agradecido, tampo-

co suelo ser rencoroso. Y se hizo *la paz* también, para volver á sufrir yo ingratitudes de otra índole. Pero las cartas que yo le remití llamándole «cobardón y flo..pondio», no las suscribía un capitán general ni un ministro. Eran las de un *plumífero* y, *don Rodrigo*, sólo se ha propuesto batirse con gente que le dé postín. Con esa gente *no hay peligro*. Aunque cuando se batió con don José Sánchez Guerra y con el teniente coronel Primo de Rivera—dos hombres dignos y de corazón que tuvieron la desgracia de ir al terreno con Soriano—, lo mismo que cuando batióse con el bravo valenciano Royo y Chove, casi estuvo á la muerte... ¡á consecuencia del miedo que pasó!

Don Rodrigo se achantó cuando Rafael Esbry—el director de *El Ejército Español*—y yo, le llamamos cobarde. ¡¡Con nosotros no hubiese tenido *lugar para el lucimiento y la réclame!!...*

Para que todos sepan quién es el *caudillo* Soriano, voy á copiar varios párrafos del libro de Francisco Villanueva que se titula *Pluma al viento*. Es un libro substancio-

so, en el que se relatan virilmente todas las indignidades cometidas por el *Chato del Congreso*.

Francisco Villanueva es un muchacho simpaticón, valiente y honrado, con el cual estuve á punto de tener una cuestión personal cuando dirigía *El Radical* en Valencia. ¡Y nos hubiésemos pegado neciamente por ese hombre cobarde que se llama Rodrigo Soriano!...

Francisco Villanueva, en su libro *Pluma al viento*, que lleva en la portada una ingeniosa caricatura de *don Rodrigo en vinagre*, bautizó á Soriano con el nombre de *Sila*. *Mario*, el otro personaje del volumen, es Blasco Ibáñez.

Leed los siguientes párrafos del libro de Villanueva y, después, juzgad al «conspirador» desnarigado.

Leed:

....

«Yo comprendo que este hombre ha venido á la política á explotarla. Y ha venido en buenas condiciones, porque la circunstancia de ser hijo de familia rica, la fama de tener

dinero, le ampara de todo género de sospechas.

Pues bien; es necesario deshacer esa fama. *Sila* es un *roder* de la política. Si en vez de estar rodeado siempre de personas dignas, le hubiera rodeado gente con quien formar la cuadrilla, estaría ya harto de entrar á saco en todas partes. Le falta el hombre. Es un *Pernales* sin *Niño del Arahal.* Y lo busca con la linterna de Diógenes.»

....

....

«En la puerta de la redacción se ve con frecuencia un coche de lujo. De siete á ocho no falta casi ninguna noche. En el carruaje queda una dama elegante, acompañada de un joven bellísima, y un caballero sube á la redacción preguntando por *Sila*. *El huerto del francés*—nombre con que designábamos una de las habitaciones destinadas á conferencias reservadas—era la sala de espera donde el caballero aludido aguarda una y otra hora la llegada de *Sila*.

A cada una de estas entrevistas correspondía un artículo de escándalo redactado por

el gerente al respaldo de las cuartillas del caballero misterioso.

Se trata de la incapacidad de una señora rica. Una de las partes está representada por una persona influyente. La otra parte quiere contrarrestar esa influencia interesando á *Sila* como diputado, para que lleve la cuestión al Parlamento, y como gerente del periódico para que haga campaña de Prensa. En la administración, por mediación de tercera persona, se ha contratado la campaña en términos que aseguran la vida del periódico durante un año. *Sila* deshace el trato y se encarga del asunto personalmente. La administración se queda con un palmo de narices metidas en el *déficit* mensual que tiene el negocio. El periódico, sin comprometer nada, había ofrecido sus columnas para publicar remitidos á tanto la línea. Ahora, por la intervención del gerente, publica artículos sin firma, hace campaña, compromete su independencia y nadie más que *Sila* y los interesados conocen la razón de esta actitud. Don Pedro el Cruel, delegado del Consejo en la Administración, está echando chispas. El ac-

cionista-concejal sigue riéndose de todo lo que se le cuenta, pero de vez en vez reflexiona y hace gestos de desagrado... Vamos estando todos al cabo de la calle.

A *Sila* es inútil buscarlo en su casa. Come, y duerme y vive en otro sitio. El caballero misterioso que acompañaba á las damas ha desaparecido. La señora rica cuya incapacidad se discutía, ha fallecido. El asunto cambia de aspecto y... hay una testamentaría para quien más listo sea. *Sila* se pasa de listo, y con «escenas de pillaje»—son palabras textuales suyas—se apodera de la testamentaría.

¿Pero qué sabe él de testamentarías? Licenciado en derecho en una de esas Universidades donde se hacen abogados los malos estudiantes, no sabe ni una palabra de leyes, ni de procedimientos, ni de prácticas. Está un pez... Hace dos meses había abierto bufete. Un abogado amigo corrió á cargo de todo. Le había pagado el título, la incorporación al Colegio, el contrato de casa, los muebles, todo de su bolsillo particular, con esperanzas y promesas de reintegro. Y á los dos meses

había caído una testamentaría importantísima. El abogado-pasante trabajaba con entusiasmo. Lo hacía todo. *Sila*, entre tanto, iba tomando dinero á cuenta. Un día, el pasante necesita dinero. Había invertido todo su tiempo en la testamentaría; había abandonado todos sus asuntos particulares; estaba enfermo y necesitaba ir al extranjero á tomar unas aguas que le aliviaran.

¿Dinero? Para reñir con *Sila* es inútil provocarle. Puede mentársele impunemente, ¡hasta la familia! Se queda tan fresco. Pero no le pidáis dinero, aunque sea el vuestro el que reclaméis, porque con el mayor cinismo y la insolencia en él características, os dirá que lo dejéis en paz, que no le amarguéis la existencia, que no le habléis de cosas desagradables, que va á renunciar el acta, que va á matar el periódico, que se va al extranjero...

—Pero, señor—le argüía el pasante de su bufete—, si no puede usted darme dinero de lo que ha tomado á cuenta de la testamentaría, deme, por lo menos, lo que yo he desembolsado por los siguientes conceptos. Y hacía

una enumeración de ellos, que sumaba algunos miles de pesetas.

—¿Y por qué lo dió usted? Si le hacía falta, ¿por qué lo desembolsó? ¿Yo qué culpa tengo de que usted haya querido lucirse sin poder? Fastidiarse.

El abogado á que aludo es un perfecto caballero, desinteresado, correcto. El trato con *Sila* produjo en su ánimo tranquilo la obsesión del crimen. Y le he visto buscar á *Sila* con el revólver amartillado.

—¡Le mato!—me decía.

—Cálmese usted—le replicaba.

—Pero ¿á usted le parece?

—Tiene usted razón, más razón que un santo; pero no le mate usted con el revólver... porque no vale el cartucho.

—¿Qué hago?

—Llévelo á los tribunales.

—Pero si ese hombre no da resguardos de nada. Si sus cartas no tienen fecha. Si su firma es cada vez distinta de la vez anterior. Si es capaz de negar á su padre.

Y pensando en estas condiciones de *Sila*,

el pasante de su bufete se volvía loco. La neurastenia que padecía se agravaba.

—¿Y dice usted que ha tomado dinero de la testamentaría?

—Sí, señor; más de diez mil duros. Hoy está ya bien doblada esta cifra.

—¿Qué hará del dinero ese hombre?

—Guardárselo y gastárselo en comer y beber y dormir y viajar, ¿no lo ve usted?

En la *Athenas del Mediterráneo*—Valencia— no se pagaba á los cajistas ni á los redactores del periódico, ni á los *athenienses* que le habían prestado dinero. Aquí ocurría lo propio. Las letras de papel hacían temblar los cimientos de la casa. El administrador no tenía dinero para pagar los vales que le presentaban las alcahuetas, las cuentas de los cocheros y de las casas de comidas. Y sin embargo, era verdad que tomaba dinero á manos llenas.»

....

....

«Este libro no se ha escrito para que se cumpla una vez más el adagio «quien á hierro mata á hierro muere». Las armas con que

yo lucho, no están templadas por el fuego de ambiciones y de despechos. Estuve al lado de *Sila*, incondicionalmente, porque le creí bueno, honrado, digno; útil al partido republicano, porque le suponía desinteresado en sus propósitos, sincero en sus predicaciones. Fuí su *alter ego*, porque simpatizaba con sus rebeldías y con sus travesuras. Me separé de él—por ahora hace dos años—rectificando radicalmente el concepto que había formado. Si hay derecho á equivocarse, yo usé de mi derecho equivocándome. Otros, más aleccionados por largos años de experiencias, sufrieron también equivocaciones. ¿Quién no incurre en ellas?»

....

....

«Escribiendo estas líneas hago examen de conciencia y cada vez me creo más firme en mi actitud, más seguro de mi derecho á la rectificación y más decidido al cumplimiento de mi deber rectificando públicamente.

Yo me confieso de haber convivido con él Doy este libro á la imprenta y lo ofrezco á los que quieran leerlo, con la misma contrición

que cae el creyente de rodillas ante su confesor. Estuve á su lado porque vivíamos en un ambiente de lucha que le permitía arropar con audacias sus vergüenzas y con gallardías sus malos instintos. Era un luchador irreductible. Mi pluma consagrada á su defensa no quedaba nunca de ella satisfecha. En mi concepto aún merecía más. Mi persona, á su lado siempre, corría los mismos riesgos que á la suya amenazaban. Mi nombre, intachable, recibió la salpicadura del lodo en que el suyo se revolcaba. Sus enconados enemigos fueron mis implacables detractores. Mis cariñosos camaradas de otros tiempos se enfriaron en sus afectos para conmigo. Mi propio padre, viejo republicano, noticioso por la Prensa de que yo apadrinaba á *Sila* en su desafío con *Mario*, quiso hasta negarme el uso del apellido que me había dado...»

«¿Difamación? ¿Libelismo? Yo he respetado la vida privada de *Sila*; él no respetó la de nadie. Si reproduzco cartas suyas—*algunas* cartas suyas—es porque su contenido es de tal naturaleza que salva ciertas responsabilidades morales que pueden alcanzar-

me á mí, como encargado de la redacción de aquel periódico consagrado á su persona é instrumento de sus malas artes. No lo hago porque él me haya dado ejemplo... Yo no tomo los malos ejemplos. El se ha pasado la vida archivando cartas y sacándolas del archivo cuando lo estimó oportuno. Todo lo que llegó á ser, lo debe á las cartas que guardó sin saber guardarlas. Pero esto no autoriza á nadie para ser así, como él es, ni siquiera en sus relaciones con él mismo. Las cartas que yo publico lo ponen á él en ridículo ó lo descubren como autor ó inductor de hechos y cosas vituperables. ¡Que se aguante! ¿Qué derecho hay á que caigan sobre mí y sobre los redactores de aquel periódico culpas ajenas? Después de aparecer este libro, yo sigo siendo tan digno como antes y continúo muy por encima de *Sila*.

¿Lucro? Un despechado y un libelista pudo lucrarse publicando este libro hace dos años. Cuando yo me separé de *Sila*, su personalidad tenía todavía algún interés, su periódico se leía bastante y era una fuerza. En el banco azul se solicitaban armas para es-

grimirlas contra él. El gobernador de la *Athenas del Mediterráneo* tenía especial interés en documentar á su superior jerárgico y en algunas ocasiones lo documentó... Entonces este libro pudo editarse sin los sacrificios que hoy me cuesta editarlo y, sin embargo, permanecí neutral en la cuestión, no me pareció digno intervenir á favor de quien no tenía ninguna de mis simpatías, y no intervine.

Hoy, la personalidad de *Sila* se ha hecho *indiscutible*. ¿A quién interesa ya? Su periódico se lo lleva la trampa... *Sila* se cuece en su propia salsa. Yo lanzo este libro al vacío en que él se agita. Lo leerán media docena de amigos y algún curioso. Esto me basta, pues sólo me propongo que cada palo aguante su vela y todo lo que significan estas páginas está dicho diciendo:

¡Bien muerto está!»

El "conspirador,, del Paralelo

Hasta hoy conocía yo á Lerroux por el hombre de paja y por el Emperador del Paralelo. De ahora en adelante, se le debe conocer con el alias de «El Conspirador del Paralelo».

¡Valiente conspirador... !

Lerroux conspira tan sólo contra los bolsillos de sus inocentes correligionarios. Lerroux conspiró contra el Tesoro de la República, cuyos dineros guardóse sin dar explicaciones. Lerroux, conspiró como conspiraban los salteadores de Sierra Morena. Pero conspira con mucha menos guapeza que *El Pernales*.

¿Quién es Lerroux?

En otro libro mío, hago su historial. En él aparce una carta del periódico socialista de París, *L'Humanité*, con el concepto que á Jaurés le merece Lerroux. En estas páginas,

hay artículos que hablan de la conducta edificante de *Don Alejandro.*

Aquí, voy á redactar, en breves renglones, una ligera biografía del «conspirador».

Lerroux era un pobrecito diablo que tenía un puesto de redactor en *El País.* Catena pagábale con unos cuantos duros que le proporcionaban los croupiers de su casa de juego. Y, un día, Lerroux, debió cometer un *leve delito.* Allí, en la colección de *La Gaceta,* pueden encontrar los curiosos un edicto de un juzgado de Albacete, en el que se cita á *Don Alejandro Lerroux y García, redactor de El País, para que comparezca en el proceso que se le sigue por el delito de estafa.*

¿Qué delito era? *La Gaceta* lo dice. ¡De estafa! ¿En qué consistía la tal estafa? Lo ignoro. Tal vez nos pudieran ilustrar varios ciudadanos de Plasencia y *otros que conocen las intimidades de Don Alejandro.* Ricardito Fuente, por ejemplo.

Pues bien; ya en aquella situación, pensó marchar á Buenos Aires. Gestionó un pasaje gratuito cuando publicaba *El Progreso*

en Madrid. Y, en vísperas de emigrar, con los calzones rotos, en busca de suerte y *plata,* recibió cartas de varios radicales de Barcelona proponiéndole que fuese allí á patrocinar una huelga. Y fué. Y quedóse con fondos de los huelguistas. El amigo Canellas, vecino de Barcelona, podría ilustrarnos en este asunto.

Surgieron *los tormentos de Montjuich.* Alejandro Lerroux, contempló al castillo famoso. Vió en la cumbre del monte, á una bruja que le decía: «No emigres, no emigres. ¿Para qué ir en busca de patacones á las Pampas? Los patacones los tienes aquí, erigiéndote en defensor de los ácratas, de los martirizados, acusando á los *verdugos.* Te harán diputado. Y, ya entonces, puedes pillear sin escrúpulos. Ya no te perseguirán en los juzgados, ni te buscarán como á un estafador de cartilla.» Y, Lerroux, escuchó los consejos de la bruja. Y renunció á embarcarse. Y, encaramándose sobre los ácratas, pegó un salto y, desde Barcelona, vino al Congreso á ejercer de *fiscal.*

¡De fiscal!...

¿Podría ser fiscal el Vivillo en el Congreso?

Bueno: lo cierto es que, *don Alejandro*, con su inmunidad parlamentaria, se metió por todas las veredas antilegales. Y, caminando por esas veredas, el que no tenía donde caerse muerto, empezó á medrar. Se hospedaba en los mejores hoteles. Enjoyaba sus manos. Y, al cabo de un lustro, *don Alejandro* el astroso, se convertía en un propietario catalán. ¿Que cómo enriquecíase y llenaba su cartera de billetes? *¡Con la pluma, con la pluma que á los periodistas no les suele proporcionar ni un mal pupilaje, pero que fué para don Aleandro una pequeña mina!*

Y, el señor propietario y *caudillo* de las huestes rojas, emplazó su cacicato en las Ramblas de Cataluña.

Los argentinos mandaron dinero. Lerroux lo administró *para comprar fusiles*. ¡Y debió decidirse por comprar una casa, con el fin de guardar los pertrechos para la revolución!... Pidiéronle á Lerroux cuentas del Tesoro sus correligionarios. Y él, respondió-

les olímpicamente: «¡Hice con él, lo que me dió la gana!» Y, los correligionarios, enmudecieron con mansedumbre.

Lerroux, proclamado ya *Emperador del Paralelo*, fundó un periódico. *El Progreso*, de Barcelona; y la Casa del Pueblo; y una cooperativa, y *El Intransigente*, en Madrid, con los dineros que pidió á Ferrer.

Fué de triunfo en triunfo. Adquirió una nueva casa, cuya propiedad puso á nombre de un amigo. Entonces, decidió ya proclamarse jefe de los republicanos españoles. Y, para esto, se propuso destruir la jefatura de don Nicolás Salmerón. Y, ya en ese derrotero, predicó en sus libelos entonando un himno al pillaje. Mandó á los suyos, desde las columnas de un periódico que se llamaba *La Rebeldía*, á que quemasen los conventos, á que violaran á las monjas, á que las instituciones perecieran con la metralla homicida. Y, los suyos, pusieron en práctica la predicación del *jefe*. Y atentaron contra la vida de Salmerón; y, de sus filas, salió un maldito que llenó de sangre á Madrid, el día que se casaron Nuestros Reyes; y, en

el mes de Julio de 1909, se quemaban los conventos, se asesinaba, se violaba, según arengó el *caudillo* á los suyos.

Y, mientras los infelices engañados hacían todo eso, Lerroux contemplaba sonriente su obra. Venía de la Argentina, adonde huyó temeroso de la cárcel; volvía con los suficientes millones para reirse de todo.

Y, lejos de acudir á Barcelona para defender á los que por él permanecían encarcelados, se marchó á Londres y á París á entablar negociaciones mercantiles.

Y abandonó á Ferrer y á todos los suyos, y no volvió á España hasta que un perdón regio no le puso á salvo.

Mientras estuvo el caudillo en París emigrado, los suyos, todas las semanas, hacían una colecta en los círculos republicanos de Cataluña, para remitir fondos al *pobrecito jefe*. Y, el *pobrecito jefe*, con las colectas de sus correligionarios, se daba una vida de príncipe, paliqueando con las mujeres más costosas. ¡Todo se lo pagaban al *pobrecito jefe*, los pobres correligionarios! Y el *jefe*, cuando vió que sus correligionarios le llama-

ban desde los fosos de Montjuich, les dió con la puerta en las narices. ¿Pues no querían, los menguados, que abandonase los asuntos financieros?...

Lerroux fundó, hace poco, un periódico en Madrid. Pero, como Lerroux era hace dos meses un señor que no tenía inmunidad parlamentaria que le pusiese á buen recaudo de sinsabores carceleros fué al comenzarse la publicación de su periódico madrileño, sumamente comedido.

No se metía con nadie. Parecía una mosquita muerta. Pero tan pronto como *don Alejandro* salió triunfante en las elecciones, con el fin de conquistar incautos, inició las procacidades en sus libelos. Y el lápiz de un dibujante, comenzó á confeccionar caricaturas, que no pueden ser contempladas sin indignación.

Frente á las libeladas de *don Alejandro,* debería salir otro periódico donde sus dibujantes caricaturizasen á la mujer de *don Alejandro,* en el mes noveno, y al *caudillo* con la gorrilla rateril, cantando el terceto de *La Gran Vía.* Debería publicarse otra ca-

ricatura presentando al caudillo asesinado por un de los infelices que no se resignaron á ser víctimas suyas ; y debiera pintarse allí todo, ¡ ¡ hasta las enfermedades de los hijos del *caudillo...!!*

Y, entonces, ¿qué haría el *caudillo?* ¿Qué dirían los honrados? ¿No iría el injuriado en busca del hombre que mancillara el honor de su madre, de su mujer ó de sus hijos?

Pero el Rey no puede abofetear á los cobardes que injurian á los suyos. Es un fiscal y un código y un jurado poco severo, la única defensa del Monarca.

¿No hay entre todos los palaciegos, entre los que por nobleza y gratitud están ligados al Trono, espíritus francamente defensores de S. M., que penetren á tiros en las Redacciones de esos libelos y se jueguen la vida en una hora de romántica decisión?

¿Se puede tolerar que un libelo de Lerroux publique una caricatura glorificando á los terroristas y amenazando á S. M.?

Días antes de matarse el degenerado Corengia en la calle Mayor, publicaba el órgano de Lerroux una caricatura infame. Veíase allí, á la guadaña de la muerte, amenazar á los representantes regios que habían acudido á Inglaterra. Y, en esa caricatura, ocultábase una condenación asesina para nuestro Rey. Pues bien; sabed los que leáis estas líneas, que, Corengia fué á la estación del Norte, la tarde que llegaba el Monarca de Londres. Sabed que, Corengia—según se obstinan en decir los papeles republicanos—, ¡no tenía cómplices! Pero, ¿no os parece sumamente extraño que estuviese á las ocho y media de la noche por las cercanías de la calle del Factor, donde se halla la redacción del diario de Lerroux? Si Corengia no tenía cómplices, debió irse desde la estación á su casa, ó á un lugar solitario para dejar el maletín.

Ahora bien. Tampoco ignoraréis que, cuando un ácrata de acción tiene cómplices, lo primero que hace es ponerse en comunicación con ellos. Y, si Corengia los hubiese tenido, con toda seguridad, desde la estación del Norte se habría dirigido al lugar don-

de sus cómplices se hallasen, para comunicarles el fracaso de la intentona regicida.

A los dos días de morir Corengia, el diario madrileño de Lerroux, publicaba otra caricatura injuriosa para el Rey, amenazándole con los fantasmas de Morral, Corengia y otro anarquista: el que atentó contra Don Alfonso XIII en París.

No. Los que al Monarca profesan cariño y devoción, deben decidirse á entrar en esos periodicos y jugarse á balazos la vida con los injuriadores del Rey.

¡Yo entraré delante de los que vayan!

Costa y Yo

¡Ya no soy su discípulo,

"maestro"!

Permitídme, señor, que, respetuosamente, con la sinceridad baturra de mi corazón á flor de labio, os pague una letra que os debo. Me girasteis la letra, en un día de dolor para mí. Era un *cheque*, incisivo, punzante, torturador. Yo no os creí jamás tan iracundo, y, ¿por qué no decirlo, Sr. Costa? ¡tan ingrato! No os pude pagar el *cheque* al momento. Pero yo no soy de los que olvidan deudas. Las que me proporciona la gratitud, sáldolas, si es preciso, con mi vida. Las que me proporcionan las ingratitudes, también las saldo con la vida, y jugándomela á dentelladas.

Oid, señor: No guardo vuestro *cheque* publicado en un libelo de Zaragoza y reproducido por otro libelo de Madrid. Lo estrujé asqueado. ¿Por qué no decirlo? Sí, con bascas repulsivas, rompí aquel *cheque* que vuestro sabio cerebro y vuestro corazón

ingrato, parieron amenazante para mí. En él, ensalzando al hombre á quien yo quise y protegí infinitas veces en que usted lo tendría olvidado, buscaba la *pose*, la eterna *pose*, de su sabia figura redentora.

Y, lleno de inexatitudes, usted publicó un artículo deplorable. Sí, señor, sí, deplorable. No para mí, que con la conciencia en calma, veía resignado la ola de indignación que trataba de ahogarme. El artículo fué deplorable para usted, señor, sólo para usted. Respetuosamente, voy á explicarle la causa.

Zaragoza entera, en un día de Marzo de 1906, púsose en clamores porque á usted le llamaron «ladrón» en *El Diario de Zaragoza*, por el pleito de la Solana. No he de argumentar hoy, sobre si la agresión que el periódico de referencia hízole, fué justa ó injusta. Sólo he de consignar, que el UNICO que dispúsose á jugarse la vida por usted entonces, fuí yo. Y, Zaragoza, todo mi pueblo que recordaba ese incidente, al leer en Octubre su acusación contra mí, publicada en un libelo local, avizoró en Barbastro y

entre las paredes de la casa donde usted habita, á la sombra de la ingratitud. ¿Comprende usted, señor, por qué su *pose* y su vehemencia produjéronle una lamentable equivocación?

Mas no fué sólo mi pueblo el que apreció la ingratitud de usted. En España entera, comentóse con frases no muy encomiásticas para usted, su comportamiento. En un periódico andaluz, se leía:

«El Sr. Costa, que todos creíamos era el inspirador de *El Evangelio* por las veces que este periódico lo sacó á relucir como su jefe, resulta ahora que dirige contra su director, Benigno Varela, un anatema formidable.

Bien es verdad que, «del árbol caído todo el mundo hace leña». Y, el solitario de Graus, ha querido también ahora oficiar de leñador...»

Esto decían de usted, señor, en Andalucía, sin saber lo que hice por usted en Marzo. ¿Qué no hubieran dicho los andaluces, si supieran, como los zaragozanos, aquella deuda que usted tenía conmigo y que con tan brutal ingratitud pagó? ¡Mas dejemos que pase

raudo ese incidente! Caballeroso y noble, quien fué agredido por mí al defender á usted, ha perdonado mi moza impetuosidad. Este me ha extendido, con ese perdón, un *cheque* de gratitud. Yo se lo pagaré con gratitud y alma. Pero aún no le he restituído á usted el importe del *cheque* de su ingratitud. Siga cobrándolo, exmaestro, siga cobrándolo.

En los días en que yo era su paladín más devoto, muchos correligionarios de usted, prohombres del republicanismo, que en el Gobierno civil robáronle un acta, decíanme quedamente: «¡Pero si está loco! ¿No comprende usted que D. Joaquín Costa está loco?» Y yo, que amo la locura cuando la creo engendradora de grandezas; yo, que también he sido calificado de loco por esos superhombres sesudos, rendíale á su locura un vasallaje de cariño y veneración. Y, *El Evangelio* fué clarín de sus bizarrías locas. Por entonces fué á visitarle á Graus un golfo, un truchimán, conocido con el alias de Lerroux. Y ese golfo, ese truchimán que pretendía refugiarse en nuestro pueblo y arran-

car á los ciudadanos nobles y generosos de Zaragoza, el acta de diputado, amparadora de chanchullos y *chantages*, el golfo Lerroux, como digo, fué á visitarle á Graus y engañó á usted miserablemente.

Podrá usted ser ingrato. Mas es usted ingenuo. Y, Lerroux, anuncióle la revolución á fecha y hora fija. Usted creyóle á ojos vendados y, desde entonces, Lerroux y su libelito local, fueron mimados por usted.

Y llega el día de mi desventura. Aquel niño grande, aquel hombre de alma brava y corazón infantil, que llamábase Juan Pedro Barcelona, en un momento de maldición dice «que refrendará á tiros» una ofensa que á mí, al que le idolatraba y protegía, hizo en un instante de locura. Y la misma maldición puso una bala traidora entre las existencias de dos hermanos. El golfo Lerroux, el que tima á los correligionarios, el que quitó á la viuda del propietario de *El Clamor Zaragozano* su periódico y las suscripciones, el chantagista Lerroux y los granujetes que le ayudan, vieron con la muerte de Barcelona y con mi fatalidad, la muerte

de dos enemigos. Y al federal honrado, á Juan Pedro, que en vida les originaba con su honradez muchos disgustos, viéndole muerto, honráronle los que escarnecíanle en vida; y á mí, por ser el azote de todos esos ladrones del ideal, echáronme la losa de sus odios para enterrarme maldecido y vilipendiado. Esas dos muertes engendró el canalla Lerroux y sus secuaces. A Juan Pedro Barcelona, le dieron discursos y flores en su tumba, los que le quitaron el pan en la vida. ¡Y á mí...! ¿Pero para qué hablar de mí si ya resucito para vengar á mi muerto y á mi muerte moral misma?

Y como el canalla Lerroux y su libelo se ensañaron con la muerte de Barcelona en mi desventura; como ese vividor y su cuadrilla levantaron en el pueblo más honrado de España, en mi pueblo aragonés querido, una tormenta de indignación contra mí, usted, señor Costa, que mimaba á Lerroux y á sus lacayos, buscando la eterna *pose*, lanzóse contra mí sin encomendarse á Dios ni al diablo.

Preñado de inexactitudes está el artícu-

lo que usted publicó en el libelo de referencia. ¿Qué sabía usted entonces del fondo del drama, para juzgar con tan incomprensible ligereza? Cuando yo le pedí su opinión sobre el caso de D. José Nakens, usted contestóme que no podía juzgar por los periódicos. Y usted, que no podía juzgar un acto de conciencia pública por referencias periodísticas, ¿pudo juzgar con plena razón mi caso por informaciones periodísticas, absurdas, falsas é injuriantes? ¿Que por qué no disparé al aire, que por qué acudí al terreno, que por qué insistí en pedir reparación á Barcelona? ¿Pero sabía usted, como consta en el sumario, en las declaraciones de infinidad de testigos y en las de los mismos padrinos, que yo no quería batirme en modo alguno con Juan Pedro? ¿Sabía usted, como consta en el sumario en la declaración de los testigos, que yo fuí al terreno con la intención de hacer el segundo disparo al aire—contra la voluntad de mis representantes—, y que quise renunciar á toda explicación y reparación, y tuve que desistir, porque la víspera del duelo, en la plaza de la Cons-

titución, á las ocho de la noche y al ir á tomar el tranvía para su casa, me dijo el capitán D. Jacinto Rodríguez Lasala, que caso de pedirles la renuncia de sus poderes, me descalificarían?

Usted ignoraba todo esto, y aún ignora infinitas cosas que pronto, muy pronto, Zaragoza y España entera conocerán.

Pero sin encomendarse á Dios ni al diablo, puesto que Lerroux y los golfos de su cuadrilla se habían lanzado contra mí, usted dijo para su capote: «¡¡*Sus* y á él!!» Y lanzóse, lanza en ristre, contra mi celda.

Le he pagado hoy la mitad del *cheque*. Dentro de unos días, le abonaré, D. Joaquín, lo restante.

Voy á firmar esta letra de fácil cobro, diciéndole, con respeto, con la sinceridad baturra á flor de labio, que presento la dimisión de discípulo en la cátedra de que usted es *maestro*.

Cárcel de Zaragoza, Abril de 1907.

(De *El Evangelio*.)

Yo y tú

¡Escucha, testaferro Alejandro!



Escucha: Antepongo mi yo al tú, porque mi yo es honrado, y mi personalidad no está oculta por el cortinaje de inmundicias que lleva consigo tu nombre. Yo soy honrado. Tú, no. Yo pongo siempre mi firma con virilidad en los escritos que mi pluma engendra. Y tú, virrey de los cobardes, hombre de paja, testaferro indecente de unos libelos periodísticos, escondes tus gallardas donosuras en los repliegues de un suplicatorio. Cobardemente, libelista con acta de diputado, soplonamente, pones tu nombre á la cabeza de periódicos, donde unos lacayos tan cobardes como tú, se amparan en tu inmunidad para injuriar á los honrados.

Escúchame, golfo del *Paralelo*. Yo te emplazo para que libelees con testaferrerías cuando ya no esté mi desventura encarcelada. Entonces, gran pillete, iré á ti para lla-

marte vividor y farsante; y aunque tengas chulos que protejan tu cobardía, me chincharé en los chulos, por aquello de que,

El que nace para chulo...



Tú, ya sé que has tomado... en el *Paralelo*, muchos miles de duros para publicar periódicos del hampa y del *chantage*. Tú, ya sé que eres capaz de tomar por todas partes, y, ahora mismo, quieres también explotar á Francisco Ferrer. De ahí los mitins que *organizas* en pro de la Escuela Moderna. Tú, que eras un piojoso, que no tenías donde caerte muerto, te convertiste en unos meses en propietario de alto copete. Tú, que como en tu artículo de *chantage* intitulado «El alma en los labios», decías vives sólo de tu profesión de periodista, fundas libelos y subvencionas á lacayos, y pagas á chulos. ¿Pero tú tienes *el alma en los labios?* ¿Por ventura, tienes alma tú, anarquista con forros de burgués? Tendrás acaso el alma—y eso llena de hollín—, en la víscera estoma-

cal. ¡ Tiene gracia ! ¡ Mira que tener tú alma, *feroche revolucionario!*

Yo soy honrado. Tú, no. Yo tenía, al meterme en la brega política, muchos miles de duros. Y tú, tenías, muchos miles de... piojos. Yo me arruiné por un ideal. Y tú, con éste, engordaste. Yo, jamás percibí ni una peseta. Y tú has atiborrado tu chaleco de soldadas más apestantes que las de Judas. Explotando al pueblo, á ese pueblo á quien amo yo entusiásticamente, tú, sanguijuela republicana, has sabido medrar y á los honrados has pretendido enterrar en vida. Mas los honrados resucitan briosos para aniquilarte, para pedir al pueblo indignamente por ti explotado, que te arrastre, con el gorro frigio que cubre tu cabeza de prestamista.

Escucha, testaferro Alejandro, escucha. A raíz de mis amargores, tú, bellacamente, con la cobardía que llevas en las entrañas, te ensañaste conmigo amparando con tu nombre y tu acta las injurias de un libelo. Yo, con mi firma, sin esconderme como tú, radical soplón, en un suplicatorio, respondiendo en el Juzgado y en la calle de lo que

mi desprecio te imputa, te llamo mil veces vividor y ex honrado. Yo, no te he podido llevar cuando me has llamado ha unos días homicida á los tribunales, porque como eres hombre de paja con suplicatorio, eres inmune. Llévame tú, *Napoleón del Paralelo*, llévame al Juzgado. Desde el banquillo, diré al presidente del tribunal de justicia, cuando preste declaración:

—«Señor presidente: El golfo que se querella contra mí, llamóme asesino, amparado en un suplicatorio. El solo, este gran estúpido solamente, pudo llamarme en mi pueblo así. Porque todo mi pueblo sabe que yo soy un hombre honrado, y que el querellante es un estafador de cartilla.»

Y en cuanto salga de la Audiencia, ó lo que es lo mismo, en cuanto salga de aquí, me faltará tiempo para ir adonde tú estés, para poner en tu rostro de chantagista mi mano de honrado.

Y, tú ya sabes, que esta mano acarició en Madrid la cara dé otro hombre tan golfo y tan cobarde como tú. ¡Ah! Y por hoy,

termino, FIRMANDO, SEGUN COSTUMBRE.

Otro día seguiré mi epistolario. Y, por anticipado, te advierto, que me *chincho* en todos los chulos que me eches, por aquello de que,

El que nace para chulo...

....

....

Cárcel de Zaragoza, Abril de 1907.

(De *El Evangelio*.)

Lerroux y su hazaña de "El Clamor,,

Golfo: ¡¡Habla tu víctima!!

«Sr. D. Benigno Varela.

Muy señor mío: En vista de la campaña justiciera que usted ha iniciado en *El Evangelio* contra Alejandro Lerroux, el que se quedó con *El Clamor Zaragozano*, periódico que fundó mi amado esposo (q. e. p. d.) Inocencio Vázquez, diciendo que me pagaría las 700 suscripciones que importan unas 3.000 pesetas, y no dándome más que 50 pesetas, á usted le ruego escuche á esta pobre viuda, despojada por Lerroux de lo que le legó su marido. Le pedí hace tiempo á Lerroux, en vista de que no me pagaba lo que me debía, una plaza de repartidora del diario local *El Progreso* con una peseta diaria, y ni eso me concedió. Al redactor de *El Clamor Zaragozano* D. Jacinto Utrilla, amigo y compañero de usted y hermano de la señora que fué conmigo á verle

ayer á la cárcel, le ofreció Lerroux, cuando quedóse con *El Clamor*, que colaboraría en *El Progreso*. Hace pocos días murió Utrilla, sin que Lerroux cumpliera su promesa, dejando á su hermana en el mayor abandono.

Nosotros esperamos que usted, señor Varela, nos ampare en este asunto, y consiga que Lerroux pague á esta pobre viuda.

De usted affma. s. s. q. s. m. b.,

ROSALÍA GAVÍN.

Zaragoza, 2 de Marzo de 1907.»



¡Rosalía Gavín! ¡Desventurada mujer! Hembra que arribaste al mundo para vivir todos los dolores. ¡Pobrecita viuda, pobrecita! Hasta en tus postreros amaneceres, no tienes el reposo de una senectud honrada. Tu vejez y tus canas tenían que ostentar también el inri del sufrimiento. Yo te amo, viejecita, desde la tarde cruel en que viniste á ofrendarme la hostia de tus amargores.

Hasta mi reja de martirio, tu figura de desolación, trajo á mi mente la sombra de mi madre: es mi madre como tú, pobre Rosalía. Tiene como tú los ojos en manantial prolífico de lágrimas. Es humildosa como tú. Su cuerpo, que un día tuvo hermosuras, hoy está encorvado por el sufrir. Y las galas que lo cubren, son, como las tuyas, el crespón de una viudez leal. Por eso; porque con tus gemires evocaste á mi madre adorada, es por lo que te amo, por lo que en mis ojos, duros al lagrimeo, aún persisten las huellas del llorar ante tu vocecita doliente. Yo no sé si agradecer ó maldecir, el que te acordaras de mi juventud presa, para vengar á tu vejez escarnecida. Yo sufro desde que te vi, y lloro desde que tus lágrimas regaron los barrotes de mi reja carcelaria. ¡ Ya voy, viejecita, ya voy ! A tu llamamiento angustioso, mis rebeldías de honrado se aprestan al combate. Y tus lágrimas son el clarín que me anuncia la batalla. Voy á erigirme en el campeón que vengue tu sufrimiento, para librar después á tu cabecita de Dolorosa, de la coronación de espinas que púsola un mal-

vado. Tú no tienes hijos, Rosalía. Mi madre es más dichosa que tú, porque todavía tiene un hijo que estrangularía presto al osado que se atreviese á profanar su vejez. Pero no tienes un hijo que te vengue, pobre Rosalía, y yo, que te amo filialmente, á vengarte voy.



Zaragozanos, catalanes, españoles: A vosotros que tenéis hidalguías y amores maternos, á vosotros que de la honradez hacéis blasón y que á vuestras madres adoráis en el altar de vuestros corazones, os emplazo para que venguéis conmigo á dos hembras desvalidas, mártires por las canalladas de un granuja. Conocedlas: Vinieron ha tres días, temblonas, y, con mirares angustiosos, se aproximaron á mi celda. La comunicación tenía en derredor mío, á numerosas amistades. Respetuosamente, mis amigos, dejaron paso á las dos viejecitas enlutadas que venían á saludarme. Una de ellas, hizo la presentación en congoja de dolores: «Soy la

viuda de Inocencio Vázquez», dijo y, un torrente de lágrimas, rubricó la presentación. «Y yo—musitó la otra viejecita—, soy la hermana de Jacinto Utrilla, que acaba de morir.» Y otra oleada de llanto, puso en mi celda oquedades de funeral. Con nudos rabiosos en la garganta, con crispaciones en mis nervios, con rugidos en mi conciencia, yo y mis amigos escuchamos á Rosalía Gavín y á Alberta Utrilla. Todo un rosario de padeceres fué dicho por esas hembras infelices. Y de mis ojos brotó una lágrima, y de mi boca una maldición.

Zaragozanos, catalanes, españoles: En el Parlamento español se sienta un hombre que debiera estar con grillos en la celda blanca d una cárcel; un hombre que debía subir al patíbulo á entablar relaciones con el verdugo. Ese miserable, que debió ser arrastrado por los honrados en una hora de redención nacional, llámase Alejandro Lerroux. ¿Es que vais á tolerar, españoles. ¡QUE LERROUX, CON PRUEBAS IRREFUTABLES DE SU HAZAÑA! se siente en el Parlamento? No sólo entregan-

do ¡CINCUENTA PESETAS!, tragóse una renta anual de cerca de ¡3.000! importe de las suscripciones de *El Clamor Zaragozano*. Lo horrible es que despoja también de lo suyo á Alberta Utrilla, hermana de un constante redactor del periódico que fundó Inocencio Vázquez; lo cruel, lo espantosamente cruel, es que Lerroux, ni le concediese á la pobre Rosalía Gavín ¡UNA PESETA DIARIA! como repartidora del papelucho que para sonrojo de los zaragozanos se publica en Aragón. Gracias á que desde hoy Rosalía Gavín no necesita de ese libelo de Lerroux. Rosalía Gavín y Alberta Utrilla, tienen, desde hoy, la protección moral y pecunaria de EL EVANGELIO.

A todos vosotros, españoles. Al mismo Salmerón, por mí combatido políticamente, pero á quien respeto por su honradez. A todos los que se precien de hombres honrados y tengan para sus madres la adoración que tengo yo para la mía, emplazo para que, en asamblea noble, juzguen á ese golfo que se apellida Lerroux. La pobre Rosalía Gavín es una madre sin hijos que la venguen.

Venguémosla nosotros; vengadla, españoles, pidiendo los grillos carcelarios para el que hace morirse de hambre á una viuda infeliz. Y, si por su investidura no le ponen grillos á ese sinvergüenza, ponedle vosotros un dogal al cuello, y arrastradlo y escupidle.



Convulso, con la conciencia en ira, los ojos en fiebre y la pluma temblorosa, voy á decirte, golfo del Paralelo, lo que sigue: En esta cárcel hay sujetos que, comparados contigo, merecían ostentar en sus pechos la cruz de la Legión de Honor. Esos hombres, robaron, pero jugáronse la vida bravamente. Tú, villano, hampón, reptil, despojas á una pobrecita anciana indefensa, á una madre sin hijos que te arranquen con las entrañas lo que á su madre por ti fué arrebatado. ¿Y dices, gran vividor, que tu pluma es un azadón? ¡Te odio, te odio con fiereza! ¡Te odio y te escupo desde aquí, ya que no puedo con mis manos vengar á la pobre Rosalía! Te escupo, granujilla; salivajeo tu rostro de ca-

nalla. Siembra tú el mal, golfo, siémbralo. Yo sembraré el bien entre tus víctimas, y luego pediré á voz en grito la mano del verdugo que agarrote tu garganta. Yo lloro ahora mismo, y lloro de rabia, y en las cuartillas se estrellan mis lágrimas y mis maldiciones. Tus víctimas vienen á mí demandando venganza. ¡ ¡ Yo las vengaré, golfo, yo las vengaré ! !

Cárcel de Zaragoza, 8 de Marzo.

(De *El Evangelio*.)

La última "flor,,

¡¡Eres, además, pollino!!

¡¡¡Arre, Alejandro, arre!!!

Voy á ofrendarte un ramillete perfumado. El director de *El Evangelio*, quiere reproducir, en una edición, todas las acusaciones que mi juventud justiciera lanzó contra tu silueta ramplona. De toda España, millares de honrados, nos piden números del periódico que te presentó tal cual eres: hombre-hembra que aguanta los bastonazos del capitán Portas, volviendo las posaderas, y tiene pujos de Napoleón, cuando golfos é indocumentados, le siguen kabileños por las ramblas de Cataluña. Todos los días, el cartero me trae felicitaciones por la campaña del periódico. Yo se las traslado al director, hombre no como tú de paja, sino hombre que, á tus lacayos aragoneses, puso las peras á cuarto. La demanda enorme que de ediciones agotadas nos dirigen, oblíganos á imprimir este número extraordinario, que debes legar en

tu testamento político á los Vinaixa, á los Zurdo de Olivares, á los Emilianos Iglesias, á los que en Barcelona te quieren meter oxígeno en los pulmones parlamentarios, sin ver que te estás muriendo á chorros.

¡ ¡ YA NO ME OCUPARÉ MÁS DE TI, EMPERADOR DEL FLORIPONDIO ! ! Al *Pernales* andaluz, ofendería comparándole contigo. ¿ Leíste, lo que realizó ha poco el *Pernales?* Pues á una viejecilla, á una rugosa mujer como Rosalía Gavín, protegióla con lo que á un rico robó. El *Pernales* socorre á las ancianas desvalidas, y tú, las despojas. ¿ Quién merece más los grilletes, por lo tanto ? ¿ El *Pernales* ó tú ?

Dime : Y del *Intransigente*, ¿ qué ? Pues, del *Intransigente*, ¡ ná ! ¿ no es cierto ? Los *caballos blancos* se han convencido de que eres un bicho despreciable, tú que en Madrid te finges el Napoleón de los aragoneses y catalanes. Y como los catalanes te han echado del Paralelo, y mis aragoneses no te permiten robar en pleno Coso, de ahí que los *caballos blancos* te manden á escardar cebollinos.

¡ Imbécil ! ¿ Pues no has tenido la desfachatez de pretender se incluyeran en la candidatura republicana de Aragón, á dos lugartenientes tuyos ? ¿ Pero te has llegado á suponer, estúpido, que esta tierra de hidalguías es conquistable para un sinvergüenza como tú ? ¡ Pues no querías patrocinar la candidatura de Ricardo Fuente ! ¡ Habráse visto mamelucada mayor ! Joaquín Montestruc, también era por ti protegido. ¡ El sí que te protege, soplón ! Joaquín Montestruc es un buen muchacho. Yo tengo por él simpatías grandes. Con el alma deploro que su juventud aragonesa, brava y noble, se halle ligada con un hombre de tu catadura. No fuiste, pues, necio, tratando de colar á Montestruc en Zaragoza. Sabes las simpatías que tiene, y lo buscaste como trampolín para que desde la Diputación, te proporcionara un huequecito. ¡ Pero atreverte á presentar á Ricardo, al zumbón y donjuanesco Ricardito ! ¡ Vamos ! Estoy persuadido, ilustre golfo, de que además de hampón, eres un imbécil bizarro. ¿ Por qué no se te ocurrió mandar al *Piripitipi* para que representase á la legión

lerrouxista de Zaragoza en el Parlamento? ¡Tiene gracia! ¡Presentar á Ricardo Fuente cadidato! ¿Sabes si trajo éste también á la Patrocinio para que le proporcionara votos, como en la Argentina le proporcionó patacones? Ahora mismo, me estoy riendo de vosotros. De ti, de tu secretario y de tu cuadrilla. Y os digo como el Fuentes á sus banderilleros: «¡Pero qué brutos *sois toos!*»

¡Arre, arre bestias! Largaos á coger un trabuco ó á plantar coles. Aquí, en Zaragoza, no se da el pienso gratis á los pollinos como vosotros. ¿Qué creías, necio? ¿Que por indignar al pueblo contra mí en tu libelo fallecido, ibas fácilmente á entronizarte en Aragón? ¿Imaginaste, acaso, que no te iban á salir muchos más granos que yo, en tu cogote de granujete? Pudiste soñar, estúpido, que Isábal, Gimeno Rodrigo, Gil Berges, Gil y Gil, todos los que tienen el sufragio aragonés de la república, iban á consentir que tú, vividor apestante, vinieras á gandulear por Zaragoza? No. La candidatura republicana que se ha constituído es aragonesa, y tiene títulos de honradez. Isábal y

Gimeno Rodrigo, no llevarán á sus electores á las barricadas. Pero tampoco los llevarán, como tú, hacia el Rif.

¡ Salud, hembra del Paralelo, salud ! Es decir ; ya no eres ni hembra ni golfo. ¡ Eres un pollino ! Ricardo Fuente, trocado por magia tuya en otro asno de marca mayor, al salir de Zaragoza con el rabo entre las piernas, te llevará el ramillete evangelista. Léelo, y después, rebuzna. D. Ruperto te rechazará, como á concubina vieja y sin travesuras. D. Alvaro, te retirará el yantar. Ricardo Fuente y tú tendréis que buscar á la Patrocinio, y decir que ponga una tertulia barata, donde tú actúes de Cupidón.

Cárcel de Zaragoza, 23 de Marzo de 1907.

(De *El Evangelio*.)

Junto al Trono

Por el Rey

Quiere mi juventud rebelde trovar á la juventud del Rey. En los tiempos que corren, esta postura provocará comentarios cursis en la intelectualidad menguada de mozalbetes que dejaron á la nodriza para nutrirse con el biberón revolucionario. Quien redacta estos renglones de sinceridad y elogio para el Monarca, conoce sobradamente las vidas de los embaucadores que medran bajo el banderín republicano. Un *inseparable* compañero mío, víctima fué también de fiebres mozas, en que los radicalismos le hacían presagiar revoluciones de redención. Y por las cárceles paseó su juventud bizarra y quijotesca. Un presidio albergó sus ensoñares. Un capital burgués de muchos miles fué derrochado por el rapaz en sus predicaciones revolucionarias. Y, él, orgulloso en medio de sus sufrires, arribó á los veinticinco años

con un historial de amargura que para sí quisieran los que blasonan de *conspiradores*. ¡ Conspiradores ! ¡ Revolucionarios ! ¿ Dónde se hallan ? Cobardes que atentaron alevosamente contra la vida de nuestro Rey. Hampones que, á la sombra de un radicalismo artificial, bucearon en todos los crímenes y en los *chantages* todos amparados por una inmunidad parlamentaria. Hombres que, á triunfar en su empresa, implantarían un régimen de desolación y latrocinio...



¡ Conspiradores ! ¡ Revolucionarios ! ¡ Todos iguales, todos cortados por el mismo patrón ! ¡ Y odiándose unos á otros y mordiéndose los que capitanean las huestes revolucionarias, en tanto abandonan á los luchadores que mueren en el hospital ó en la celda de un presidio ! Meses hace que murió en Madrid Vega Santillán. ¡ Pobrecillo y fraternal camarada ! Hidalgo y generoso, cantor de toda rebeldía y amante de su ideal, murió abandonado por todos en un

camastro miserable del hospital de la Princesa. ¡Infortunado Veguita! ¡Tan bueno, tan sufrido, tan viril! ¿Para qué te sirvieron, hermano mío, tus abnegaciones? ¡Para que sólo se acordasen de ti los revolucionarios al llevarte á la sepultura! Y en tanto tú te morías de anemia en un hospital, á uno de tus caudillos de dublé, al golfo Lerroux, le subvencionaban sus candorosos electores para que paseara, gallardo, por los bulevares de París, su redonda panza burguesa...

*
* *

Un camarada *inseparable*, á no haber salido hace meses de la prisión, pudo también, como el pobre Vega, morir abandonado por los primates del republicanismo. Pero ha decidido la Providencia que pueda pasear por el mundo, para que hable fuerte y claro y donde todos le oigan.

Mi amigo no es ya republicano. Si antes de abandonar la cárcel no hizo pública esta declaración, fué cohibido por el recelo de que la malicia supusiera que, si procedía de

tal suerte, era para que con el indulto le recompensara el Trono.

Hoy, libre, fuera del ambiente carcelario, no se recata para vocear sin escrúpulos su declaración antirrepublicana.

Y dice:

«¿A quién debo el indulto? ¿A los republicanos? No. Por ellos, á estas horas estaría separado de mi madre por las rejas de un calabozo en el penal de Chinchilla. Abandonado miserablemente fuí por los republicanos en los días de mis desventuras, como abandonados fueron otros colegas. ¿Cuándo se alzó en el Parlamento la voz de un diputado republicano para pedir la libertad de los periodistas presos? ¿Qué les importan á esos polichinelas parlamentarios que trabajadores del ideal entierren sus energías en los presidios? ¡Pobre madre mía! No pudiendo resistir el calvario de nuestra separación vino á Madrid á gestionar el indulto. Y entonces, mi amada viejecita, no encontró entre los *primates* del republicanismo á ningún caballero ni á ningún hombre de corazón que acompañárala en su peregri-

nar angustioso. Pero mi madre, que sonrojóse ante la actitud despiadada y egoísta de los republicanos, encontró á hombres buenos que, con solicitud paternal para mí, consiguieron el indulto ambicionado por mi viejecita.



Mi amigo y yo, debemos la libertad al Rey y á esos hombres. Las generosidades del Monarca libraron á muchos colegas de las torturas presidiarias. La juventud de D. Alfonso, en cambio, no ha tenido junto á sí plumas jóvenes que respondieran virilmente á las procacidades de los enemigos del Trono. A lo más, el Rey ha tenido junto á sí, en momentos de vacilaciones, plumas palaciegas que bordaron mezquinas alabanzas para combatir de soslayo á sus injuriadores.

Desde hoy, por mi madre, juro que mi pluma estará siempre pronta para defender al Monarca.

(De *El País*, de Santa Cruz de Tenerife. 1908.)

Por el Rey

Anónimos y cobardías

Todos los días recibo un rimero de cartas con felicitaciones bondadosas. Y, entre las lisonjas injustas que los amigos me dirigen, llegan también, envueltos en sobres de cobardía, injuriosos anónimos para mí por el artículo que redactaron mis fervores y gratitudes hacia el Monarca. Voy á emborronar unas cuartillas—las únicas que pienso escribir sobre anónimos despreciables—, que brindo á los que carecieron de virilidad para poner al pie de unos renglones con injurias, su cédula de bautismo.

Pero antes quiero contestar á un amigo queridísimo que se digna servirme de consejero. ¿No exhiben los adversarios del Rey á sus periódicos de batalla llenos de furibun-

do radicalismo? ¿No escriben esos periódicos—adversarios de la Monarquía—las mayores procacidades contra el Trono? ¿Por qué razón, pues, vamos á consentir que esos periódicos libeleen sin que una respuesta franca y enérgica ponga coto á sus injurias? No. Es verdad que, mi pluma rebelde, es la única que, sin convencionalismos hipócritas, se ha puesto contra todas las corrientes populacheras junto al Trono. Y á tomar esta actitud, decidiéronme las simpatías por Don Alfonso XIII, por ese jovenzuelo real, que sonrió gallardo frente al peligro en instantes de terror y de crueldad. Sobre el pecho bizarro y juvenil del Monarca español, debían colgarse las cruces todas del heroísmo. Y si él, por su juventud, no destacóse al frente del Ejército en guerreros arrebatos, por las calles de París y por la vía madrileña, bajo el fuego de un enemigo cobarde y traidor, ganóse dos laureadas de San Fernando. El Rey es un muchacho generoso. Y Don Alfonso siempre tendrá junto á él toda mi fervorosa devoción.

*
* *

En los Centros republicanos, en los Comités, en las Juntas municipales, suele figurar siempre un tragacuras y derribatronos que lleva la voz cantante. Ese señor, que suele adornar su rostro con bigotes sargentiles, que substituye al agua por el aguardiente y altivo perora con voces iracundas, es, por regla general, un buen padre de familia á quien la mujer corre con la escoba por los pasillos. Pero este ciudadano, á quien *su costilla* pone verde, llega después de haber ingerido el yantar al Círculo. Tan pronto como atraviesa los umbrales, aposéntase en la tertulia roja, y requiriendo su apostura bélica, se pone á despotricar contra los *reaccionarios*, contra media humanidad entera que no huele á aguardiente y contra nosotros. Y entonces, entre copa y copa, se le ocurre á uno de esos ciudadanos dirigir unos renglones injuriosos al *sacristán* por ellos combatido. Entre libaciones y gritos de trūchimán, emborronan una carta injuriosa para el *monaguillo*. Y entonces, aquellos tragacuras y derribatronos, titubean: «¿Cómo vamos á poner

nuestra firma al pie de tal escrito?»—pregúntanse abotagados por el alcohol—. Y se les ocurre la magna, la peregrina, la bizarra idea de remitir por el interior y anónimamente las estupideces que redactaron. De ahí pudieron mandarme las cartas injuriosas...

*
* *

Los escaños de algunos Municipios albergan muchas veces á sujetos de dudosa honorabilidad. Sobre sus panzas burguesas, sobre sus calvicies vulgares, sobre su intelecto menguado, se columbra el fajín concejalicio y el gorro de *mamá república*. Y esos concejales, en el momento que su gestión es discutida, tan pronto como se airean por una pluma sus vivires incógnitos, engállanse, van al Municipio dispuestos á eclipsar al Cid, contentándose por último, con llamar sacristanes á sus detractores y dirigirles algún anónimo con frases malolientes. Y que por todos los Municipios pululan esos sujetos, lo prueba el incidente que acaba de ocurrir en Zaragoza. En aquel Municipio, figura como teniente alcalde republicano un

individuo llamado Angel Laborda, que fué procesado como estafador y se baña en aguardiente todos los días. Los chanchullos cometidos en los Ayuntamientos de Zaragoza y Valencia dejan tamañitos á los que puedan cometer los ediles madrileños. Angel Laborda, que comenzó su campaña política en el regazo de los luises, trocóse de buenas á primeras en un lugarteniente de Lerroux. Y, días pasados, frente al Pilar zaragozano—que reverencian los aragoneses todos—, el antiguo luis blasfemó contra la Virgen para que las gentes que lleváronlo al Municipio lo vuelvan á reelegir olvidando sus estafas, su chanchullos y sus borracheras. De los Ayuntamientos de Zaragoza y de Valencia, redactados por concejales que debieron firmar sus groserías, enviáronse anónimos á los periódicos que sacaron la ropa sucia á relucir. ¿Por qué no he de suponer yo, en esta ocasión, que también los anónimos que se me dirigen procedan de alguno de tales sujetos?

*
* *

En un café céntrico, existen peñas de mozalbetes grotescos, que bullen por redacciones donde se acobijan todos los negocios entre la fronda de lirismos revolucionarios. Y esos nenes, trotacalles por cuarenta pesetas, dedícanse muchas veces, á escribir anónimos en la misma tertulia del café. A un ilustre cronista de *El Mundo*, esos *infantes*, dirigieron un anónimo bastardo. El cronista, hombre de corazón y de puños, supo la procedencia. Fué al café en busca de los nenes, y no les amenizó la tertulia con unos coscorrones, porque el chiquitín que redactó el anónimo huyó en busca de la coscorronera. Si yo tuviese la seguridad de que entre esos chiquitines redactáronse los anónimos que se me dirigieron, también iría, como mi colega de *El Mundo*, á mercarles unos sonajeros.

*
* *

Para terminar. Los anónimos no detendrán mi pluma. Y al departamento donde se halla el papel higiénico, remitiré las cartas sin firma.

Carta abierta

Para "Don,, Alejandro Lerroux.

No haré caso á los anónimos de los tuyos, ni á las gacetillas de tus periódicos que no lleven tu firma.

Mas, por si quieres lanzar un grito de «¡Muera el Rey!» frente á mí, á solas, donde pueda escupirte toda mi odiosidad, bríndote lo siguiente: Tú, no puedes litigar como caballero. Tú, estás descalificado por dos Tribunales de Honor: uno de ellos constituído por el Duque de Tamames. Pero tú, que has estado en las

Pampas, conocerás, «¡de oídas!», el duelo criollo. A él te invito.

Y, si por cobardía no lo aceptas, y sigues injuriando al Rey, glorificando á los anarquistas y explotando á los infelices, yo te aseguro que pondré terminación á tus infamias.

Benigno Varela.

